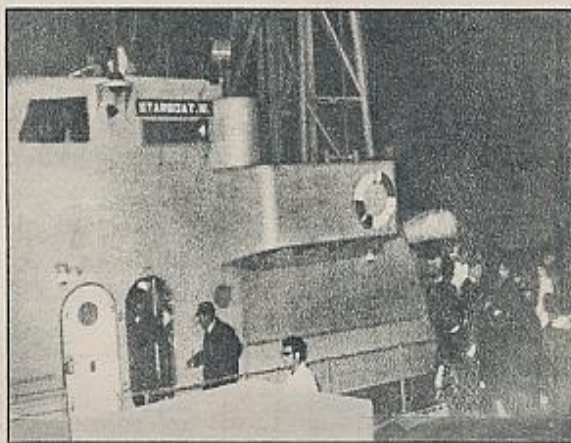
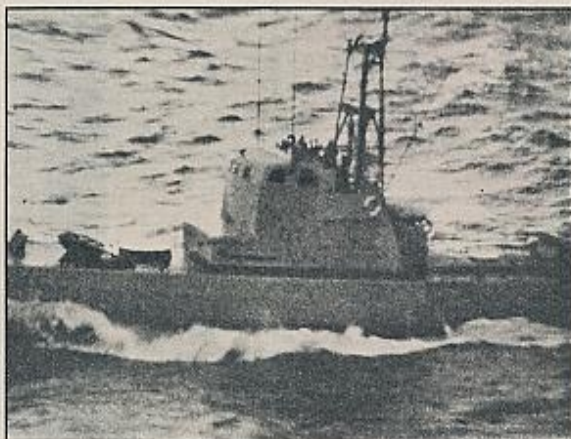


haro teglen

LOS IRREGULARES

Las dos últimas hazañas de guerra de Israel —el rapto de las lanchas cañoneras de Cherburgo y la captura de la estación de radar de fabricación soviética en territorio egipcio— están inscritas, al mismo tiempo, en una tradición y en una modernidad. La tradición es la propia del Estado de Israel, que pudo fundarse mediante una serie de golpes audaces y astutos a base de la inmigración ilegal al territorio palestino, y que ha producido a lo largo de su historia algunos asombrosos actos de este tipo, como el rapto del criminal de guerra nazi Eichmann en la República Argentina. La línea moderna, o contemporánea, es la de la irregularidad. La evocación periodística fácil al personaje de James Bond sitúa estos dos actos en el terreno de la realidad fantástica que le corresponden. No sólo las novelas de Ian Fleming, sino un diluvio de colecciones baratas de menor calidad han preparado la opinión pública para esta clase de acciones. Tienen ya un «estilo». En este sentido, las dos operaciones israelíes son, además de éxitos militares de alguna envergadura, grandes operaciones de propaganda que han logrado su objetivo. Para una operación de propaganda no basta, sin embargo, la audacia y la decisión: es preciso contar también con la exaltación de los medios creadores de opinión. Hace unos años, la larga aventura del capitán Galvao, que raptó un barco de pasajeros y lo dirigió por el océano Atlántico hasta el Brasil, tuvo muy mala prensa, como la tienen los raptos de aviones. Casi simultáneamente a las acciones israelíes, seis miembros de la Vanguardia Armada Revolucionaria del Brasil realizaban el secuestro de avión más largo y difícil del mundo, desde Río hasta La Habana, con penosas etapas y alguna avería, y no han obtenido más calificativos que el de piratería, que ya se utilizó para Galvao, pero que ha estado típicamente ausente del secuestro de las cañoneras de Cherburgo. Ciertamente, los secuestros de los aviones ponen en riesgo vidas y negocios de civiles inocentes, pero aun así otros actos del mismo tipo se consideran con cierta benevolencia, cierta simpatía. Así ocurrió en el caso del soldado americano que raptó un avión y le hizo volar sobre el Atlántico, desde los Estados Unidos a Italia; como el acto no tenía objetivos políticos y parecía originado simplemente por el desarreglo mental de un individuo se le dio un aspecto «simpático»: el raptor gozó de buenos abogados gratuitos y de un contrato cinematográfico de alguna importancia. Cuando el acto político es «favorable» a la tendencia de los medios de gran difusión tiene también otras características. El emigrado cubano que voló en condiciones increíbles desde La Habana a Madrid, metido en el tren de aterrizaje de un avión, puso en peligro las vidas de todos los pasajeros: podía haber provocado una avería en el sistema de salida de las ruedas que hubiera hecho imposible o muy difícil el aterrizaje. Se ha dicho muchas veces que uno de los riesgos del rapto de aviones es que basta con un balazo que perfora la cabina para que el cambio brusco en las diferencias de presión hagan caer el avión o provoquen una explosión a bordo. Sin embargo, esta amenaza no se recordó cuando los que dispararon fueron unos agentes de seguridad —los etíopes que mataron a unos secuestradores en el avión que, partido de Madrid, debía llegar a Addis Abeba—. El sistema de pesas y medidas es muy variable en nuestro mundo. El secuestro de aviones, que se ha convertido en crónico, es un acto fallido en tanto que acto de propaganda. No basta con que hasta ahora no haya producido una sola víctima. Puede producir una catástrofe en cualquier momento, y nadie sabe si podrá verse envuelto en ella. Se puede repudiar fácilmente.

Es un error, sin embargo, creer que otros actos irregulares son «limpios» y no atañen a la vida de cada uno. Si la operación de secuestro del radar en Egipto corresponde muy estrictamente a operaciones militares clásicas y debe ser considerada como



EL SECUESTRO DE LAS CAÑONERAS: Una de las cinco naves, fotografiada en el Mediterráneo central. En el centro, la llegada al puerto de Kishon, en Haifa. Abajo: el comandante Ezra, jefe de la operación, es entrevistado a su arribada a Haifa, tras un recibimiento apoteósico.

EN PUNTO

admirable por su preparación y su ejecución, otros sucesos violan ciertas normas internacionales que obedecen al deseo quizá utópico de moderar o moralizar las guerras. El rapto de Eichmann, en la Argentina; el del coronel Argoud, que realizaron los servicios franceses en territorio de Alemania federal; el secuestro, larga prisión y muerte misteriosa de Chombé, en Argelia; el asesinato del argelino Jidder, en una calle de Madrid; el rapto y asesinato del jefe de la oposición marroquí, Ben Barka, en pleno París, son sucesos que, independientemente de la significación política de sus protagonistas y antagonistas, violan ciertas convenciones, cierta ética, cierta moral que había costado años y esfuerzos conseguir. Esta ruptura de las normas de oposición política, este final de la moral de combate, nos atañen ciertamente a todos. Poco a poco se van haciendo habituales.

Ciertamente, este tipo de acciones paldescen y carecen de significado cuando nos enfrentamos con actos de guerra irregular como la matanza de civiles vietnamitas en My Lai, que presenta todas las características del genocidio, o con guerras por hambre, como la de Nigeria contra Biafra, donde parece que se ha reducido el número de muertos por falta de alimentos a la cifra de mil diarios.

El rapto de las cañoneras, el secuestro del radar, son actos admirables como obra perfecta de una técnica de guerra, aunque el primero constituya en sí una violación de normas internacionales. Sin embargo, para admirarlos plenamente hay que situarse en una óptica de aceptación de la guerra. Es decir, hay que llegar a una aberración —a menos que se esté conforme con la idea general de guerra—. Hubiese sido mejor que no hubieran sucedido. Hubiese sido mucho mejor que los términos de enfrentamiento en Oriente Medio se fuesen reduciendo en lugar de crecer. Significan —igual que los encuentros fronterizos en los primeros días del año— que el problema árabe-israelí se plantea cada vez más en un lenguaje de guerra, que se van descartando todas las posibles soluciones pacíficas y que es muy posible que en el año en que entramos veamos de nuevo estallar la guerra en todo su rigor y suponga una amenaza para el difícil equilibrio mundial. Los actos irregulares de los servicios militares y paramilitares de Israel serán seguidos, sin duda, de otros actos de represalia o de respuesta de los guerrilleros árabes. Los límites son imprevisibles. El Instituto de Estudios Estratégicos de Londres acaba de realizar un estudio de las fuerzas en presencia en los dos grupos que da una gran superioridad en armamento y en soldados a los países árabes. La respuesta israelí a esta superioridad es un equivalente de la frase estudiantil francesa que pedía «la imaginación al poder». Israel está llevando una cierta imaginación, una cierta novedad, a la guerra contra sus vecinos. Es decir, está llevando por el momento la guerra al terreno en que es más fuerte, al terreno en el que cuenta con la solidaridad de los israelitas situados en puestos clave de todo el mundo, el terreno del dinero, de la propaganda; a un ámbito internacional que le es favorable. No quiere decir que vaya a conseguir siempre llevar la guerra a su propio terreno.

Una etapa de gran trascendencia en el desarrollo del conflicto va a ser la conferencia entre los dirigentes del Movimiento de Liberación de Palestina —quizá, Arafat— y los de la Unión Soviética —muy probablemente, el propio Kosiguin—. En la conferencia de Rabat, Yasser Arafat se ha encargado del peso de la guerra y de las acciones de respuesta y represalia. La Unión Soviética tiene motivos considerables para evitar la extensión del conflicto. La convocatoria a Moscú de Arafat podría tener el significado de que la Unión Soviética ha dejado de situar el centro de la guerra real en las capitales de los Estados árabes y trata de dialogar con el protagonista real.

X-TELEX-TELEX-TELEX-TE

● Ocho publicaciones sudvietnamitas —seis de ellas, revistas femeninas— fueron suspendidas por el gobierno de Saigón. Razones: defender el neutralismo —caso de «La Voz de la Nación»—, ofensa a la decencia pública y por insultos a oficiales.



● «Mientras este país siga manteniendo relaciones con el imperialismo americano, no saldré de la cárcel», manifestó a la Radio-Televisión francesa Régis Debray, condenado en Bolivia a treinta años de prisión por su participación en la guerrilla.

● En la alocución que dirigió al país con ocasión de fin de año, el primer secretario del P. C. polaco, Gomulka, anunció que su país y la República Federal Iniciarían conversaciones en el transcurso de los primeros meses del año.



● Un decenio de tormentas revolucionarias en todo el mundo anuncia un editorial del día primero de año, publicado simultáneamente por los diarios de Pekín «Diario del Pueblo» y «Bandera Roja».

● «El hambre y la pobreza existen en una escandalosa escala en los Estados Unidos», se dice en las conclusiones de un informe elaborado por la Conferencia de la Casa Blanca sobre los viveres, la alimentación y la salud.

● Más de 15.000 millones de pesetas ha costado a la economía nacional italiana la epidemia de gripe, que afectó a quince millones de italianos.

● «Para renovar las bases de la teoría marxista, resulta indispensable prescindir de los residuos estalinianos para llegar a la democracia socialista», declaró el filósofo marxista húngaro Georg Lukacs.

● El setenta y ocho por ciento de los jóvenes franceses entre los quince y los veintiséis años no han asistido jamás a un concierto, revela una encuesta de un organismo del Ministerio de Asuntos Culturales.

● El semanario alemán «Der Spiegel» ha seguido el ejemplo de su colega «Der Stern». Desde el primero de este año, los redactores de la revista de Rudolf Augstein percibirán la mitad de los beneficios de la publicación, al tiempo que dispondrán de una serie de privilegios importantes respecto de la empresa.

● «La Iglesia tiene derecho a exigir cambios políticos y económicos profundos», señaló en un mensaje dirigido «a los pueblos oprimidos del mundo» el arzobispo de Recife, monseñor Helder Camara.



● «Nuestra posición internacional es envidiable», dijo en su discurso de fin de año el primer ministro griego Papadopoulos, quien justificó tal posición «gracias a la obra emprendida, de una manera irreversible, por la revolución nacional nacida del golpe de Estado».

-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-